

necesarias, y dió parte del suceso al general en jefe, acusando como principales instigadores del motín á los sargentos Bibiano Sierra y Cirilo Reyes. El general Llergo se llenó de indignación al imponerse de este escándalo, que no era por cierto el primero que daba la fuerza de Campeche; recordó al Sr. Cadenas que en un caso semejante el teniente coronel Molas había fusilado en Izamal á los seis cabecillas del motín acaecido en Temax en agosto último, y después de excitar á aquel jefe á que aplicase toda la severidad de la Ordenanza á los instigadores de la sublevación de Tinum, condenaba á los demás á ser filiados en el Ligero, único batallón que tenía en el Estado el carácter de permanente (15).

La prensa de Campeche censuró agria y severamente á los amotinados; recordó que era aquella la cuarta vez que se sublevaban las fuerzas del distrito, y pidió que fuesen castigados ejemplarmente los culpables (16). Pero todas estas censuras y todas aquellas medidas no bastaron á remediar de pronto el mal que causó la sedición. La pequeña fuerza con que D. Pantaleón Barrera se había quedado en Tinum, recibió orden de replegarse á Campeche, para no exponerla á un sacrificio inútil; la sexta división no tardó en marchar para el Sur, según hemos visto en el capítulo anterior, y no teniendo desde entonces los indios quien los molestase en los Chenes, esta rica comarca fué todavía por mucho tiempo el teatro de sus depredaciones.

En los últimos meses del año se organizó, sin embargo, una nueva fuerza que consiguió varias ventajas sobre los sublevados; pero como estas operaciones se hallan íntimamente ligadas con las que se llevaron á cabo en 1849, nos reservamos tratar de ellas en otro capítulo.

(15) *Boletín oficial*, número 134.

(16) *Boletín del Hijo de la Patria*, números correspondientes al 5 y 9 de octubre.

## CAPÍTULO XIV

1848-1849

Operaciones posteriores á la ocupación de Valladolid y Tihosuco.—Nuestras tropas recorren victoriosamente los alrededores de aquella ciudad.—Establecimiento de los cantones avanzados de Chemax y Yalcobá.—Se experimentan mayores dificultades en el Sur.—Acciones de Culumpich y de Ekpeo.—Se establecen los cantones de Chikinoonot y Sabán.—Sitian los indios este último pueblo y el de Tihosuco.—La guarnición de ambos hace esfuerzos heroicos, pero inútiles, para alejar á los sitiadores.

El año 1848, quizá el más fecundo en acontecimientos que se registra en las páginas de nuestra historia, había terminado de una manera gloriosa para la causa de la civilización. Con la recuperación de Tihosuco y Valladolid quedaba sometida al gobierno la región más habitada de la Península, y reducidos los bárbaros á las selvas y al desierto en que había tenido su cuna la insurrección. Pero la campaña comenzó á presentar desde entonces dificultades más serias, así porque el indio sabe aprovechar admirablemente la espesura del bosque para hacer la guerra, como porque no hay un solo habitante de aquella comarca que tenga el menor átomo de simpatía por la raza blanca. Los capítulos que van á leerse en seguida, vendrán muy pronto á confirmar la exactitud de estas observaciones.

Comencemos por el Oriente, donde los indios se manifestaron por aquella época menos bravos y emprendedores que en el Sur, aunque no por esto se obstinaron menos

en mantener viva la llama de la insurrección. Luego que fué ocupada la ciudad de Valladolid, comenzaron á salir para los pueblos inmediatos expediciones más ó menos numerosas, que llevaban un triple objeto: batir á los sublevados sin descanso, recobrar á los prisioneros blancos que tenían consigo y procurar la presentación de aquellos que ya no quisieran pertenecer á sus filas. El capitán don Eulalio Paredes, en Tikuch; D. José Crescencio Guerra, en Popolá; el teniente coronel Molas, en Tesoco, y el primer ayudante D. Manuel Cepeda Peraza, en Kanxoc y Tixhualahtún, obtuvieron desde los primeros días de enero resultados muy importantes bajo todos estos aspectos. También consiguió un éxito semejante en Tixcacalcupul y Tekom el coronel D. Juan José Méndez, al venir á Valladolid desde Tihosuco, cumpliendo con las órdenes del general en jefe. Llegó á aquella ciudad el 6, é inmediatamente se hizo cargo de todas las fuerzas que existían en la plaza, como comandante de la cuarta división (1).

Desde este momento, el coronel Méndez se propuso seguir el mismo sistema que su antecesor D. Lázaro Ruz, y nuevas expediciones volvieron á salir de la ciudad con el objeto de recorrer incesantemente la comarca. Al terminar el mes de enero habían sido ya recobrados, ó reconocidos cuando menos, los pueblos de Cuncumul, Ebtún, Ditnup y Temosón, causando no poco estrago en las filas enemigas (2). En el mismo mes se estableció un cantón en Chemax, y más adelante se estableció otro en Tikuch, con el objeto de proteger la comunicación del primero con la plaza de Valladolid. En febrero, el teniente coronel D. Lázaro Ruz llevó una fuerza al rancho Xnacocob, con el objeto de sorprender al famoso asesino Bonifacio Novelo, y aunque no logró la aprehensión de este cabecilla, que huyó

(1) *Boletín oficial*, números 201, 205 y 206.

(2) *Boletín citado*, números 212, 219 y 225.

sin combatir, la expedición obtuvo un resultado satisfactorio por los víveres, las municiones y los caballos que el enemigo abandonó en su fuga (3).

En marzo y abril, las expediciones recorrieron un área más dilatada. Se estableció un cantón en Yalcobá, que fué puesto bajo las órdenes del primer ayudante D. Manuel F. Mezo, y así éste como el teniente coronel Molas, que mandaba el de Chemax, llevaron el espanto y el terror á las huestes sublevadas, recorriendo victoriosamente los alrededores. Una de las incursiones más célebres de aquella época fué la que se desprendió de Tizimin el 11 de marzo, á las órdenes de D. Manuel Cepeda Peraza, con dirección al heroico pueblo de Chancenote. Los indios intentaron oponerse varias veces á su tránsito; pero los derrotó en todos los encuentros que tuvo con ellos, y después de haberles causado pérdidas considerables, contramarchó al punto de su partida, trayendo consigo un abundante botín y más de 300 prisioneros (4).

Fuera de los cantones avanzados de que hemos hecho referencia, había también otros en Tizimin, Espita, Tinum y, en general, en todas aquellas poblaciones que se hallaban en la frontera de la línea ocupada todavía por el enemigo. De todos estos cantones salían frecuentemente algunas partidas que recorrían los pueblos, haciendas y bosques de las inmediaciones, con el objeto de perseguir sin tregua á los bárbaros. Estos generalmente se resistían hasta donde les era posible, aunque otras veces se ocultaban en los alrededores de los cantones para acometerlos en los momentos en que se hallaban más desprovistos de fuerzas.

Mayores eran las dificultades que pulsaba en el Sur el coronel D. José Eulogio Rosado, á cuyo mando se conservaban todavía las fuerzas que habían operado sobre Peto y

(3) El mismo *Boletín*, número 245.

(4) *Boletín citado*, número 270.

Tihosuco. Luego que fué ocupado este último pueblo, comenzaron, como en Valladolid, á salir expediciones para recorrer la comarca. La primera fué dirigida á la hacienda Culumpich, que, como recordará el lector, era de la propiedad de Jacinto Pat, y á la cual se creía que se hubiese retirado este caudillo. Comprendióse desde entonces lo que podía esperarse de los indios de aquella región, porque presentaron una obstinada resistencia, en el camino y en la misma hacienda, á las fuerzas que conducía D. José María Vergara, que acababa de ser ascendido á teniente coronel. Pasando, sin embargo, sobre toda clase de obstáculos, este jefe se apoderó de Culumpich, en cuyos corrales é inmediaciones se encontraron varios cadáveres y muchos rastros de sangre. Desgraciadamente, se encontró también en la hacienda un gran depósito de aguardiente, que provenía de una fábrica establecida allí por el propietario, y cuenta la tradición que, no solamente los soldados, sino también algunos jefes y oficiales, se arrojaron sobre los envases y apuraron inconsideradamente su contenido.

Fácilmente pueden calcularse los resultados de esta imprudencia. Los indios, que la sospecharon, se presentaron algunos momentos después en la hacienda, y como la fuerza de Vergara no estaba ya en estado de batirse, emprendió su retirada con algún desorden. Los indios se propusieron seguirla, y hubieran hecho en ella grandes destrozos, si D. Eulogio Rosado, advertido de lo que pasaba, no hubiese hecho salir de Tihosuco una fuerza para proteger la retirada. El teniente coronel Pren, á quien se confió el mando, emprendió su marcha á la caída de la tarde, y dos horas después, favorecido por la claridad de la luna, que se abría paso trabajosamente entre las ramas del bosque, comenzó á divisar á los primeros dispersos que se hallaban diseminados por el camino. Ebrios, como estaban, tuvo necesidad de destacar algunas guerrillas que los conduje-

sen á Tihosuco, y él entretanto continuó su marcha hasta la hacienda Macal, en donde el teniente coronel Vergara hacía algunos esfuerzos para reparar el mal que no había podido evitar. Pren avanzó todavía un poco más con dirección á Culumpich, porque varias detonaciones que se dejaban oír á lo lejos, indicaban que á cierta distancia se libraba todavía un combate. No tardó en encontrarse con una fracción de la fuerza de Vergara, que un valiente capitán había logrado conservar unida para guardar la retaguardia á los dispersos. Pren contramarchó con ella á Macal, en donde levantó atrincheramientos para pasar la noche, á fin de no ser víctima del enemigo, que se hallaba muy satisfecho y orgulloso con la ventaja casual que había alcanzado aquel día; pero á la mañana siguiente emprendió de nuevo su marcha, ocupó á Culumpich, derrotó á los indios cuantas veces quisieron oponerse á su paso y, después de haberlos ahuyentado hasta los ranchos Chanakinsé y Xcocom, volvió al campamento principal, trayendo consigo un prisionero, á quien se le había sorprendido una correspondencia de Jacinto Pat.

El coronel D. José Eulogio Rosado había subido por algunos días á Tihosuco; pero poco después regresó á Ichmul, donde estableció su cuartel general, dejando el mando de la primera plaza al coronel D. José D. Cetina. Este hizo marchar una fuerza á Ekpeo y otra al rancho Chomac, y aunque ambas alcanzaron notables ventajas, los indios, lejos de desanimarse con su derrota, se presentaron al día siguiente frente á Tihosuco, batiendo la plaza por tres direcciones distintas. El coronel Cetina los obligó á huir después de algunos combates, y en seguida marchó con 400 hombres á la hacienda Culumpich, con el objeto de batir sin tregua á los sublevados. También consiguió en esta expedición varios triunfos, á costa de los voluntarios americanos, de los cuales fueron muertos y heridos más de cuarenta, así por el arrojamiento con que peleaban, como

por el poco conocimiento que tenían de las estrategias del salvaje (5).

Tuvieron lugar estos sucesos en los últimos días del año 1848, y al comenzar el siguiente, D. Eulogio Rosado se propuso establecer dos nuevos cantones que debían servir de protección á los ya establecidos. Fijóse para este efecto en los pueblos de Chikinonot y Sabán, situado el primero al norte de Ichmul y el segundo al sur. A Chikinonot fué enviado con 300 hombres el teniente coronel don Pablo A. González, quien, al apoderarse del pueblo en la mañana del 9 de enero, aprehendió al capitán Yamá con todas las armas, municiones y víveres que tenía allí para su defensa. Al día siguiente los indios intentaron recobrar la población; pero fueron rechazados con energía, y entonces algunos de ellos se presentaron con sus armas, acogiéndose á la clemencia del gobierno (6).

También el primer ayudante D. Juan de la Cruz Salazar, que con 350 hombres fué enviado á Sabán, ocupó sin gran resistencia este pueblo en la mañana del 17; pero estaba destinado este cantón á sufrir uno de los sitios más tenaces y cruentos de aquella época aciaga, y desde el 18 le acometieron los indios por primera vez, hiriendo gravemente á varios de sus defensores. El comandante Salazar se defendió con valor y consiguió triunfar de los agresores; pero este triunfo de nada le valió, porque los indios volvieron á acometerle en los días subsecuentes desde los atrincheramientos que habían formado en los alrededores de la población. Salazar sacaba cuando podía algunas guerrillas que se arrojaban violentamente sobre los sitiadores y los hacían huir; pero cuando rayaba el alba del día siguiente ya estaban de nuevo en sus trincheras, armando una algazara infernal con sus gritos y sus amenazas. El

(5) *Boletín oficial*, del número 190 al 201.

(6) El mismo *Boletín*, números 211 y 212.

coronel Rosado auxilió á Sabán con una sección de 250 hombres que marchó á las órdenes del capitán D. Leandro Pavía; y aunque con este refuerzo pudieron activarse las operaciones contra los sitiadores, no se obtuvo ningún resultado satisfactorio. Los indios se habían propuesto hacer sucumbir aquel cantón avanzado, y la sangre y las lágrimas con que regaban diariamente sus alrededores, no eran bastantes para hacerles desistir de su propósito (7).

El pueblo de Tihosuco comenzaba por la misma época á ser teatro de escenas no menos terribles y sangrientas. Los bárbaros comenzaron por atrincherarse en los caminos de Culumpich y Tzitz, y aunque D. Felipe Pren los derrotó en la mañana del 19 y les incendió todas sus barracas, el 24 se presentaron súbitamente en Tihosuco al despuntar la aurora. El Sr. Pren, que acababa de ser ascendido á coronel, y que en ausencia del Sr. Cetina era ya el comandante de la plaza, sacó inmediatamente dos partidas de á doscientos hombres con el objeto de batir á los agresores; pero todo fué inútil. Los indios habían traído el firme propósito de sitiar á Tihosuco, y la guarnición no pudo evitar que colocasen sus atrincheramientos á corta distancia de la línea de defensa. Desde este momento quedó establecido el sitio, tan riguroso al menos como lo acostumbraban los indios, y un auxilio de 250 hombres que mandó tres días después el coronel Rosado, no habría podido llegar á la plaza, si no se hubiese desprendido de ésta una fuerza competente para proteger su entrada (8).

El recinto fortificado de Tihosuco estuvo limitado al principio á la plaza y á dos cuadras en contorno; pero habiendo demostrado la experiencia que esta línea era insuficiente para contener la audacia del enemigo, hubo necesidad de ocupar y fortificar tres de las plazuelas que se

(7) *Boletín* citado, números 217 y siguientes, hasta el 294.

(8) El mismo *Boletín*, números 219 y 223.

hallaban en las extremidades de la población, y que tomaban su nombre del de los pueblos en cuya dirección se hallaban. Estas plazuelas fueron comunicadas con el recinto principal por medio de calles igualmente fortificadas.

Los atrincheramientos de los sitiadores estuvieron en los primeros días á la vista de los sitiados, aunque á notable distancia; pero no tardaron en aprovechar una coyuntura para aproximarlos. La fuerza que salió el día 27 de enero escoltando la posta que diariamente se dirigía á Ichmul, empeñó un combate con los indios cuando apenas había avanzado dos cuadras fuera de la línea. El coronel Pren envió inmediatamente un socorro de 100 hombres, con el cual pudo abrirse paso al cabo de media hora la posta; pero cuando en la tarde volvió á entrar después de un nuevo combate, los indios salieron audazmente de sus trincheras y se arrojaron á pecho descubierto sobre las de la plaza. El vivo tiroteo con que fueron recibidos por los sitiados, no bastó para amedrentarlos. Avanzaron unos cuarenta pasos con la mayor imperturbabilidad, y protegidos por las pequeñas lomas que los accidentes del terreno forman en las calles mismas de la población, levantaron allí una nueva línea de trincheras (9).

No cansaremos al lector con referirle detalladamente todos los pormenores del memorable sitio de Tihosuco. El coronel Pren, dignamente secundado por toda la guarnición, hizo constantes y heroicos esfuerzos para obligar al enemigo á levantarlo. Con frecuencia salían de la plaza secciones más ó menos numerosas, que volvían en seguida para atacar por retaguardia á los sublevados, mientras los atacaban de frente los que se habían quedado dentro de la línea. Los indios resistían con valor todos estos ataques; y aunque algunas veces se veían obligados á desamparar su primera línea de circunvalación, y hasta la segunda,

(9) *Boletín* citado, número 227.

las tornaban á ocupar luego que los blancos volvían á entrar dentro de su línea, y realizaban sus trincheras á costa de cualquier sacrificio.

La conducción de la posta también daba lugar á combates frecuentes con los sitiadores, á pesar de que para disminuir sus estragos se estableció un cantón en la hacienda Xcabil, situada á la medianía del camino que conduce á Ichmul. En el asedio de Sabán mostraban los indios igual tenacidad. El mismo comandante del cantón, D. Juan de la Cruz Salazar, fué herido gravemente en un combate, por cuyo motivo se encargó provisionalmente del mando de la plaza el primer ayudante D. Cándido González. La guarnición de este punto estuvo en peligro de perecer de hambre; porque habiendo advertido los indios que el rancho se le llevaba del pueblo de Sacalaca, cayeron un día sobre él y obligaron á huir al corto número de sus defensores. Felizmente fué recobrado al poco tiempo, acaso porque los bárbaros no se empeñaron en conservarlo (10).

Así transcurrieron los cuatro primeros meses del año. Nada se adelantaba en la campaña del Sur, y entretanto disminuía considerablemente el número de los defensores de Tihosuco y Sabán. Los combates que se empeñaban casi diariamente con los sitiadores, llevaban á unos al sepulcro y á otros á los hospitales. Es verdad que los indios morían en mayor cantidad; pero como fuera del terreno que pisaban nuestras tropas, toda aquella extensa comarca les pertenecía por completo, podían reponer á cada instante—y reponían ciertamente con usura—las bajas que experimentaban. El gobierno del Estado no podía hacer otro tanto, y en aquellos momentos se hallaba entregado á la mayor desesperación; porque consumidos ya los ciento cincuenta mil pesos con que el gobierno federal le había auxiliado, no sabía de dónde sacar los recursos necesarios para cubrir

(10) El mismo *Boletín*, número 241.

los gastos de la campaña. La victoria había acompañado constantemente á nuestras armas, mientras sólo se trató de recobrar aquella porción de territorio, de que siempre habían estado en posesión las razas civilizadas de la Península. Pero desde el momento en que habían avanzado hasta Tihosuco y Valladolid, los indios daban muestras de ser invencibles en los bosques que se extienden desde el oriente de aquellas poblaciones hasta la costa. Otro tanto podía decirse de la vasta región que se extiende desde el sur de la cordillera hasta los límites de Guatemala.

Era ya necesario, en consecuencia, adoptar algún recurso extraordinario para poner fin á la guerra, ó cuando menos para disminuir sus estragos. Hacía mucho tiempo que el gobierno del Estado venía meditando seriamente en el asunto, y había creído encontrar este recurso en la reocupación de la villa de Bacalar, de la cual se hallaban en posesión los sublevados desde abril del año anterior. Es verdad que una expedición tan lejana requería gastos considerables; pero se creía generalmente que produciría el doble efecto de intimidar á los indios con ocuparles su retaguardia, y de impedirles, hasta donde fuera posible, que siguieran proveyéndose de armas y municiones de guerra en la colonia británica de Belice. El gobierno se decidió por esto á emprenderla, haciendo toda clase de sacrificios; pero nosotros no podemos acometer su narración sin examinar antes algunos sucesos que la precedieron, y sobre todo el derecho que podían tener nuestros vecinos los ingleses de fomentar la guerra de bárbaros, vendiéndoles todos los efectos que necesitaban para hostilizarnos.

## CAPÍTULO XV

1821-1848

Estado que guardaban las relaciones de Inglaterra y España respecto de Belice, al proclamar Yucatán su independencia.—El tratado que la primera nación celebra con México en 1826, declara vigentes los de 1783 y 1786.—Hechos que demuestran que el gobierno inglés, y aun los mismos habitantes de Belice, se creían simples usufructuarios de este territorio.—Infracciones de los tratados cometidas por los últimos.—Cuando estalla la guerra social venden armas y pólvora á los indios.—Contestación dada á un comisionado del gobierno de Yucatán.—Los sublevados atacan á Bacalar.—La villa cae en su poder después de un sangriento combate, y capitula la fortaleza.—El comercio con los ingleses se hace más activo.—Reclamaciones del gobierno mexicano al encargado de negocios de S. M. B. en México.

Al ocuparnos por última vez de Belice en el capítulo VII, libro VI de esta historia, fijamos la situación en que quedó colocada la colonia británica respecto de Yucatán, en los momentos en que México consiguió emanciparse de su antigua Metrópoli. Vamos á condensar en pocas líneas lo que dejamos allí explicado en muchas páginas, con el objeto de que nos sirva de punto de partida para lo que debemos decir en adelante.

En los tratados de 1783 y 1786, celebrados entre Inglaterra y España, ésta se reservó el derecho de soberanía en el territorio que comprendía la Colonia, y sólo se concedió á sus habitantes el derecho de cortar en beneficio propio palo de tinte y otras maderas; aprovecharse, además, de todos los productos espontáneos de la tierra, pescar en